

## **Los Comuneros, un tema para los artistas jóvenes**

**Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO**

Pocas veces las salas de la Biblioteca Luis-Angel Arango vieron una tan numerosa concurrencia como la que se interesó por mirar y estudiar los cuadros y esculturas enviados por los artistas jóvenes que respondieron a la cuarta convocatoria que sobre un tema definido hizo Jaime Duarte French. Esta vez la gesta de Los Comuneros colmó la importante Galería del castizo barrio de La Candelaria, con un crecido número de obras de gran calidad, firmadas por dibujantes, grabadores, pintores y escultores cuyos nombres, hasta ese momento, eran desconocidos del público concurrente a exposiciones y aficionado a leer reseñas de arte.

Porque esto es lo más destacado de los llamados que a los colombianos inquietos hace la Biblioteca Luis-Angel Arango: la revelación de nuevos valores. Talentos que de unos años a esta parte se han hecho visibles, merced a la oportunidad que la citada institución cultural ha brindado a quienes no habían podido colgar sus monos porque las numerosas galerías que existen en la capital no dan ocasión sino a un número muy limitado de expositores.

La amplia sala del primer piso y la auxiliar, agruparon decenas de cuadros y unas pocas esculturas que expresaron diferentes maneras de ver el tema propuesto. Y es de admirar cómo esos artistas dejaron en la tela, el papel, la madera o el bronce, puntos de vista indicativos de las capacidades mentales y el conocimiento de los materiales de trabajo que posee la juventud que hoy se ocupa de las cosas del arte.

Se entiende esto habida cuenta de las escuelas de enseñanza artística que ahora existen en Bogotá y en las principales ciudades, además de los institutos oficiales con excelentes profesores en todas las materias. Así han salido varias promociones de muchachas y muchachos con buena preparación, pero sin oportunidad de mostrar sus creaciones, pues en las salas de exhibición, al solicitar turno, les responden invariablemente que la agenda está copada hasta la segunda quincena de diciembre de 1996.

Por eso ha sido tan caudalosa y magnífica la respuesta a las citas que la Luis-Angel Arango ha hecho a los artistas, jóvenes en edad y jóvenes en espíritu, pues muchos de los que ya se acercan a los cuarenta, respondieron con el brillo de los veinte. La cita que nos ocupa, o sea la que tomó la revuelta comunera y la desmenuzó en todos sus aspectos, revistió singular interés, no solo por el tema trascendental como pocos, sino por lo que entrañó el aporte de los participantes en labor investigativa y en cualidades interpretativas, en talento, para abocar esa motivación tan fácil de llevar a los excesos plásticos. Como frecuentemente vemos excesos verbales y retóricos, que suelen conducir a los senderos del mal gusto y la cursilería. Supieron todos los expositores conservar la responsabilidad y el sentido de la medida, sin caer en lo obvio o en lo grandilocuente.

José Antonio Galán, figura central de ese levantamiento pueblerino, el más auténtico movimiento popular conocido, es natural que hubiera figurado en el cincuenta por ciento de los cuadros, calcando la imagen que la historia nos dejó. O bien estudiadas distorsiones de esa misma imagen. También obligadas referencias a sus compañeros en las patrullas comuneras de esas jornadas de 1781, que asediaban caminos e invadían plazas en amplio desafío a los realistas. Esos alzados que gritaban con voz poderosa contra la opresión, sembraban en los pueblos y montañas que recorrían, la semilla del derecho de gentes que iba a germinar más tarde en amplio diámetro del mundo. Se sintieron, por primera vez, seres humanos con derechos que estaban dispuestos a reclamar, así les fuera en ello la vida.

Así lo dijeron los dibujos y las pinturas que iban desde el hiperrealismo que copiaba los campesinos que, sentados y silenciosos, esperaban al amanecer la orden de marcha. Los tumultos que cruzaban en diagonal los pueblos, emergiendo del multicolor expresionismo. Perfiles, gestos, caballos encabritados, sobre pa-

peles con sanguinas, plumillas, lápiz, carbón, aguadas, pasteles y técnicas mixtas. Cuanto elemento existe al servicio del creador plástico, fueron empleados para las sorprendentes búsquedas y espléndidos hallazgos que pudieron verse en esos muros. Enfoques surrealistas que dejaban sin embargo visible la protesta. Hasta el hermoso neoprimitivismo en los ranchos habitados por aldeanos dispuestos a engrosar la tropa insurrecta o a llenar la plaza en el mercado que le sirvió de marco a Manuela Beltrán para arrancar y pisotear el edicto.

En especial impresionó a los visitantes un cuadro que participaba en igual proporción de la pintura y de la escultura, pues era una mano que emergía de la superficie: el campo de batalla. Una mano portadora del pliego acusatorio y un pie de campesino acribillado que expira. Reminiscencia de esto, dentro de lo clásico, se halla en el San Juan de la pechina de la Catedral Primada y en lo moderno, en los trabajos de Rafael Canogar, el español.

Sin lugar a dudas, la exposición sobre Los Comuneros, fue lo más destacado de la primera mitad de 1981. Oportunidad inmejorable para conocer y grabar los nombres de los nuevos talentos plásticos de Colombia.